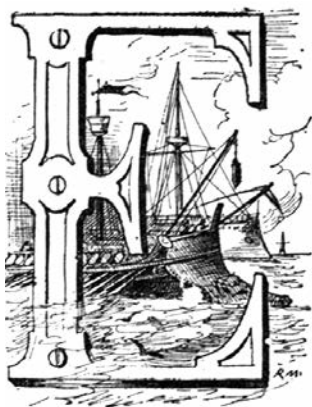


QUE TU PAZ QUE CALMA NUESTRAS TORMENTAS ESTÉ CON NOSOTROS... NÁUFRAGOS EN IRLANDA

Alfonso MARTÍNEZ FERRA



Bruselas, octubre de 1589



L infierno no puede ser peor», piensa Alejandro Farnesio. Algo así debía de estar pasando por su cabeza cuando el capitán del galeón *San Pedro* de la Gran Armada, exhausto, famélico, condenado a muerte, sin ejecución final, por el duque de Medina Sidonia y náufrago dos veces en Irlanda y Flandes, se presentó ante él a contarle lo vivido durante el último año. La conversación que pudieron haber tenido antes de despedirse podría haber sido la siguiente:

—Escribidlo así entonces, capitán. Escribid un relato sobre vuestro infortunio —repite—. Escribidlo todo con detalle y entregádselo a mi secretario. Él me lo hará llegar. Capitán —le dice—, descansad y reponeros, pero necesito en unos días vuestro memorial, que enviaré al rey.

—Así lo haré, excelencia. Contad con ello.

La carta se escribió, pero cayó en el olvido hasta que en 1884 el marino e historiador capitán de navío Cesáreo Fernández Duro la rescató de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia. Hoy día, y tras leerla detenidamente, es difícil no dejarse llevar por la admiración y el asombro. Este histórico documento tiene por protagonista a Francisco de Cuéllar, capitán que hubo de serlo de Infantería de Armada (actual Infantería de Marina), tal como refleja la disposición de la Secretaría de Guerra de Felipe II de 1537, por la que se



Playa de Streedagh con el *Arnomen-di* al fondo. (Fotografía cedida por la Grange and Armada Development Association, GADA).

vinculaban permanentemente a la Real Armada algunos tercios de la Infantería española que, con ese nombre, combatieron por tierra y mar basados en las escuadras de galeras y galeones.

Pero volvamos al título de este relato. Así reza un párrafo de la oración que se recita con total devoción y respeto en St. Cuthbert's Church en honor a los naufragos de la galera española *Girona*, convertida en galeón, que como parte de la escuadra napolitana de la Gran o Felicísima Armada encalló bajo una fuerte tempestad en Lacada Point, cerca de Portballintrae, en Irlanda del Norte. Estos homenajes se repiten cada mes de septiembre por la geografía de la costa oeste de la isla de Irlanda. Como comandante del patrullero *Arnomen-di*, tuve el honor de participar durante el fin de semana del 22 al 24 de septiembre de 2017 en estos actos que en el condado de Sligo se llevaron a cabo con motivo del naufragio el 21 de septiembre de 1588 de los galeones *La Lavia*, *Santa María del Visón* y *La Juliana*.

El alma de todos estas ofrendas es la Grange and Armada Development Association, con sede en el mismo pueblo de Grange, dentro del condado de Sligo. Anualmente organiza una serie de actos en la zona del naufragio, en Streedagh Beach, así como un ciclo de conferencias con ilustres invitados de toda Europa expertos en la arqueología submarina e historia de la época.

El capitán Francisco de Cuéllar puede decirse que es el héroe nacional adoptado por los habitantes de este condado y de los colindantes de Donegal y Limerick. Protagoniza el *De Cuéllar's Trail*, una ruta interpretativa a lo largo de la costa oeste e interior del norte de Irlanda donde se pueden visitar los diferentes lugares que narra en su carta al rey Felipe II y que recorreremos, no sin un poco de imaginación por parte del lector, a continuación.

Como he comentado anteriormente, fue en la playa de Streedagh donde el 21 de septiembre de 1588 naufragó el galeón en el que iba a bordo el capitán Francisco de Cuéllar, *La Lavia*, junto a otros dos más, el *Santa María del Visón* y *La Juliana*. Según sus propias palabras, «las amarras no pudieron tener ni las velas servir, y fuimos a embestir con

todas tres naos en una playa llena de arena bien chica, cercada de grandísimos peñascos de una parte y de otra, cosa jamás vista porque en espacio de una hora, se hicieron todas tres naos pedazos, de las cuales no se escaparon 300 hombres, y se ahogaron más de 1.000, y entre ellos mucha gente principal, capitanes, caballeros y otros entretenidos».

Para aquellos pocos que sabían nadar en aquella época, llegar a la costa no era, ni mucho menos, sinónimo de salvación. En la playa, los «salvajes» irlandeses desnudaban y robaban a los naufragos, mientras que las tropas inglesas que ocupaban Irlanda se dirigían a toda prisa a la costa a rematar y asesinar a los supervivientes. De Cuéllar, a pesar de tener graves heridas en sus piernas, logró llegar a la playa, esconderse y pasar la noche a la intemperie. A la mañana siguiente intentó buscar refugio en una pequeña abadía que divisó a lo lejos. Se llama Staad Abbey, y lo que allí se encontró le horrorizó. Había sido abandonada por los monjes debido a las fechorías del ejército inglés; las imágenes de los santos habían sido quemadas y 12 españoles colgaban ahor-



Playa de Streedagh durante el homenaje, con 1.100 cruces dispuestas. (Fotografía cedida por GADA).



Conferencia organizada por GADA. (Fotografía del autor).

cados de su techo. Sin comida y herido, decidió intentar volver a la playa, donde se topó con dos hombres ensangrentados y desnudos, Alonso y Baltasar, marineros del *Santa María del Visón*. Llorando, se abrazaron. La playa permanecía repleta de cadáveres y enterraron a algunos excavando con sus propias manos. Muchos irlandeses compasivos que presenciaron aquella imagen desgarradora se apiadaron de ellos y les indicaron una ruta para llegar a un sitio seguro. De Cuéllar, malherido, no pudo seguir el ritmo de sus compañeros, que se adelantaron en su fuga, dejándole continuar solo.

Desde una colina divisó unas chozas de paja a las que debía llegar atravesando el fondo de un valle boscoso. Allí se encontraba cuando cuatro personajes le abordaron y robaron su cadena de oro y unas reliquias que portaba en un pequeño escapulario. A pesar de maltratarle y robarle, uno de ellos le dio un ungüento para curar las heridas de su pierna y le indicó la dirección de un irlandés, amigo de su rey Felipe II, que estaba acogiendo a los supervivientes de los naufragios. Era el territorio del señor O'Rourke.

Después de dos días de caminata renqueante, durmiendo en cuevas y vestido con helechos y paja, divisó un lago, el Glencar, y en su orilla unas cabañas abandonadas. Una de ellas, la que mejor le pareció para guarecerse, le brindó por fin una alegría: el encuentro con tres españoles supervivientes de un grupo de once naufragos y una cena a base de bayas y frutos del bosque.

Los cuatro se dirigieron juntos hacia el territorio de O'Rourke, no sin antes recibir auxilio de unos irlandeses católicos que curaron a De Cuéllar de sus

heridas. Deprimido y agotado en extremo, se mantuvo casi inconsciente durante toda una semana al cuidado de estas almas caritativas. Sus compañeros, temerosos de encontrarse con tropas inglesas, se adelantaron en el camino, dejándole al cuidado de esta familia.

Brian O'Rourke alojaba por entonces a más de 70 supervivientes de los naufragios de la Gran Armada en Irlanda, la mayor parte de ellos heridos y apenas vestidos. Las noticias de que el galeón *Girona* iba a su rescate provocó la partida de algunos españoles hacia la costa. De Cuéllar, a pesar de intentar llegar hasta él, no lo consiguió por su extrema debilidad. El pobre *Girona*, maltrecho por los vendavales, no hizo sino recoger a algunos de aquellos desdichados para naufragar prácticamente de inmediato, llevando a la tumba a más de 200 marinos. En esta ocasión, la escasa movilidad del capitán Francisco de Cuéllar le salvó la vida.

Perdido después de quedarse el último del grupo que intentaba ser socorridos por el *Girona*, agotado y pensando en el suicidio, se encontró con un católico irlandés que era clérigo, lo que le permitió entenderse con él en latín, lengua que De Cuéllar dominaba. Le indicó cómo dirigirse de nuevo a territorio dominado por señores beligerantes con los ingleses, y hacia allí partió.

De camino, De Cuéllar sigue con la mala suerte a sus espaldas y es apresado por una pareja que lo encadena con el propósito de hacerle esclavo en su herrería. Permanece allí casi dos semanas, hasta que el clérigo que le había ayudado pasa casualmente por el lugar y, recriminando su actitud al herrero, manda a su rescate al día siguiente a un grupo encabezado por McClancy (uno de los señores que, beligerantes con los ingleses, ayudaban a los españoles en su huida). Cuentan los oriundos del lugar que entre los que acudieron en su



Ruta seguida por el capitán Francisco de Cuéllar. (Ilustración cedida por Pedro Luis Chinchilla).



Dartry Mountains desde playa de Streedagh. (Fotografía del autor).

socorro había también un español llamado Salcedo, que había naufragado en la costa de Donegal y que, viendo cómo el herrero se disponía a martillar la cabeza a De Cuéllar para evitar su rescate, le seccionó la yugular mientras exclamaba un castizo «Suelta el martillo, hideputa».

Levantado en una isla en el extremo oeste de la costa sur del lago Melvin, el castillo de McClancy (Rossclogher) tenía forma circular y estaba rodeado por gruesos muros. Situado en un entorno idílico, poseía un patio central, una iglesia y un campanario. Hasta allí lo acompañó Salcedo y le presentó al resto de españoles, ocho naufragos a los que McClancy (al que los españoles llamaban Manglana) brindaba su protección. Cenaron carne de vaca, cabrito, manteca de cerdo, pescado asado, bayas, leche agria, pan de avena y «una bebida turbia y áspera, con sabor a hierbas amargas». Bendita cerveza.

Allí tenemos a nuestro capitán recuperándose al fin de sus penurias y empezando a demostrar de nuevo sus habilidades sociales. Encantador hombre de mundo, conversador y culto, hechizaba con sus narraciones y sus trucos (como el de leer la mano) a todo el vecindario y, en especial, al público femenino. Por lo que cuenta en su carta, la misma Enhim, esposa de McClancy, se deshizo en atenciones y hasta incluso llegó a retozar con él. Pero cómo no, tanta felicidad no parecía cuadrar en el destino del sufrido capitán, así que pronto se verá atrapado en una nueva desdicha.

El virrey inglés Fitz William había partido de Dublín hacia el norte de Irlanda con un ejército de 1.700 hombres dispuestos a la caza de los naufragos de la Gran Armada. McClancy, conocedor de las represalias que le esperaban

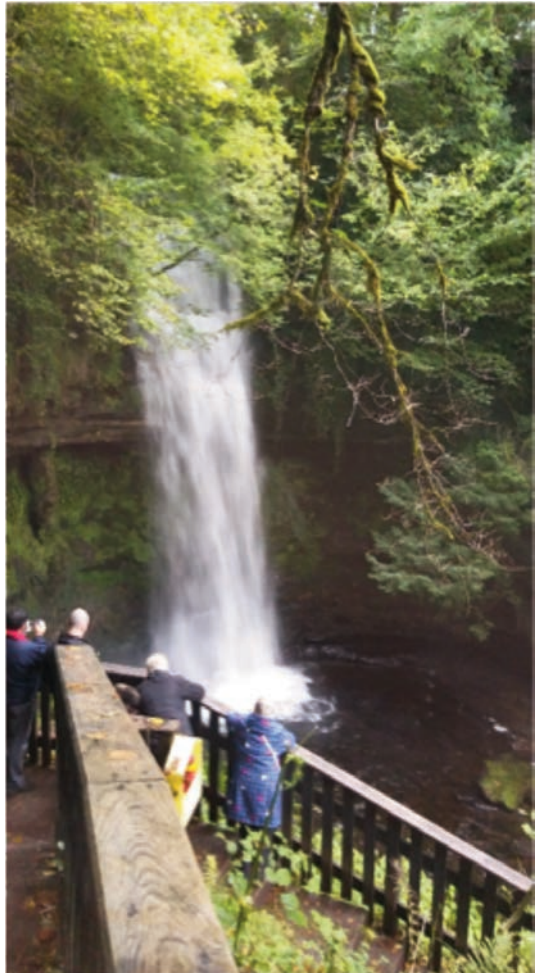
por ayudar al enemigo español, decidió trasladarse con todo su pueblo y su ganado a las montañas del norte del lago Melvin, invitando a los españoles a acompañarlo.

Incomprensiblemente, y haciendo muestra de un incalculable valor, De Cuéllar y los otros ocho compatriotas acuerdan quedarse en el castillo para defenderlo. Tenían siete mosquetes, seis arcabuces, unas pistolas, alguna espada... y una despensa para resistir seis meses.

Los ingleses, a tiro de piedra del castillo, ahorcan a dos náufragos apresados por ellos para intentar minar su moral. No pueden permitirse un ataque frontal en un entorno embarrado y apenas son capaces de lanzarles algunas flechas y exclamar algunos insultos. Sin embargo, un empeoramiento del tiempo hace que, después de diecisiete días de asedio, los ingleses abandonen su propósito.

Las noticias de la humillación inglesa se extendieron por toda Irlanda, McClancy recuperó su castillo y llegó a ofrecerle a De Cuéllar a una de sus hermanas por esposa; pero él, deseoso de volver a España, declinó este matrimonio y una vida futura en tierras irlandesas y abandonó, junto a cuatro de los españoles, el clan McClancy, mientras que algunos compatriotas decidieron quedarse como guardas del señor irlandés y rehacer sus vidas en aquella comunidad.

Era ya enero de 1589 cuando el capitán Francisco de Cuéllar y sus compañeros emprendieron camino a la región del Ulster, desde donde iban a embarcar hacia Escocia como primer paso de su ansiada vuelta a España. Deambulan por los alrededores de la



Lago Glencar. (Fotografía del autor).

Calzada del Gigante, un impresionante paisaje volcánico en las orillas del Ulster.

Allí conocen la desgracia del *Girona*, navío de la Gran Armada que había naufragado tres meses antes y que, con una tripulación de 1.300 hombres (recogió a los náufragos de otros dos barcos), solo tuvo cinco supervivientes. Los lugareños les enseñaron las joyas saqueadas de aquel infausto botín.

Recibió cobijo en la comunidad del señor Ockan O’Cahan, en el pueblo de Castelroe, en el que unas mujeres se ocuparon de cuidarlo durante al menos un mes y medio. Nuestro maltrecho capitán nos habla en su carta de la hermosura de sus mozas y de la «muchacha amistad» que con ellas mantuvo.

Pero una vez más los ingleses no cejaron en su empeño de «cazar» españoles. *In extremis*, Francisco de Cuéllar tendrá que abandonar los cuidados femeninos para huir a las montañas, y su salud recuperada después de tantos mimos le permite hacer jornadas de hasta 30 kilómetros en un día.

Conocedor de que un obispo católico, Redmond O’Gallagher, estaba protegiendo a algunos compañeros de la Gran Armada en la zona costera de la desembocadura del río Foyle, se dirige hacia allí en busca de protección, encontrándose a 12 españoles que eran tratados con simpatía y generosidad y con servicio de misa diaria, y en este lugar espera durante seis días los preparativos de un barco que los llevará a Escocia en una travesía de dos días.

Embarcado en una tradicional barcaza irlandesa hecha con un bastidor de madera, recubierta de cuero y que al menos flotaba, el capitán Francisco de Cuéllar y 16 compatriotas parten hacia Escocia. Era principios de abril de 1589.

Y hasta aquí su aventura en Irlanda. Y digo esto porque la pequeña barcaza fue desviada por una tormenta hacia las islas Shetland, donde tuvieron que llevar a cabo una serie de reparaciones durante dos días para poder llegar hasta una Escocia que no les brindó la ayuda que ellos esperaban; los escoceses se mostraron indiferentes con ellos y no estaban dispuestos a facilitarles las cosas, con la excepción de algunas familias nobles católicas que se prestaron a ello.

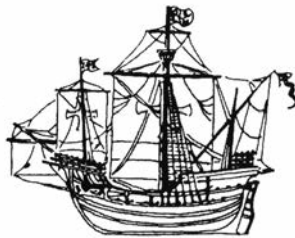
Una vez consiguieron contactar por correo con el duque de Parma, un mercader escocés que residía en Flandes fue contratado para llevarlos hasta allí. Era septiembre de 1589, un año después del naufragio.

El día 22 del mismo mes, los cuatro bajeles armados para este fin fueron atacados por barcos enemigos holandeses que les estaban esperando. Dos de ellos fueron hundidos y en el que viajaba De Cuéllar naufragó en los bancos de arena de la costa, pero por segunda vez en un año consigue salvar su vida.

No les salió gratis a los señores irlandeses la ayuda prestada al capitán y a sus desgraciados compatriotas. Brian O’Rourke fue ahorcado y descuartizado en Londres en 1590 por traición. McClancy fue apresado por el Lord gobernador de Irlanda, siendo decapitado en 1591.

En cuanto al capitán Francisco de Cuéllar, una vez se hubo restablecido de las secuelas de su aventura irlandesa, volvió a la vida militar, y en 1590 ya andaba por Flandes y el norte de Francia a las órdenes de Alejandro Farnesio. Hay noticias suyas en Saboya y Nápoles, donde al parecer se encontraba en 1600. En los años siguientes fue a las Indias, y cuentan en Irlanda que cruzó el océano un par de veces cuidando de los galeones cargados de plata. Se dice que residió en Madrid en 1604, pero no existe ningún otro registro suyo conocido. No se sabe cuándo y dónde murió y en qué lugar reposan sus restos.

Tras releer la carta varias veces, pienso que De Cuéllar regresó en condiciones más propicias y guiado por mejores vientos a la verde Irlanda, donde vivió libremente, bebió en honor a San Patricio, trabajó la tierra y la defendió del invasor inglés. Que el lector deje correr su imaginación...





Cabina digitalizada del *Augusta Bell-212* de la Tercera Escuadrilla de Aeronaves de la Armada. (Foto: Guillermo Álvarez Carrasco).